III Capítulo

1. En un lugar de La Mancha…

En este 20 de enero de 1964 nos encontramos con nuestra Madre Mercedes en Alcázar de San Juan… 28 años de edad, trasladada por la Federación para fortalecer en sus miembros a la Comunidad de Monjas Concepcionistas de Alcázar.

Monasterio situado en la calle del Verbo nº 4, actualmente calle Doctor Policarpo Lizcano. Fundación que se remonta a finales del siglo XIX, concretamente el 1 de julio de 1882, cuyos primeros años fueron muy duros para aquellas monjas que tuvieron que trabajar personalmente en las obras de adaptación de la casa. Resultó un Monasterio muy precario e insalubre por la gran humedad que tenía.

Pues así, en este Monasterio, nuestra Madre Mercedes, con el fervor que siempre le caracterizaba en su entrega al Señor y a la Comunidad, entre los años 1964 – 1967, después de terminada una temporada larga de pruebas y sufrimientos internos y externos necesaria para purificarla y prepararla para un trato más íntimo con Dios, comenzó una nueva etapa en su vida, que se iniciaría entregándole Jesús su amistad.

Ella lo explica así:

"Cuando llegó la hora de la Santa Misa, estuve en ella con mucho fervor. Después de comulgar me arrodillé como de costumbre en el sitio que me correspondía para dar gracias, cuando de pronto oí dentro de mi pecho la voz dulcísima de Jesús, sin sonido, que recogió todo mi ser a mi interior con un deleite inefable que inundó toda mi persona y me dijo insinuándome dulcísimamente y con mucho amor: "¿quieres renunciar a los consuelos que podría darte como Esposo, en favor de las almas?" Anegada en un mar de dulzuras el Espíritu me hizo decirle: "yo sólo quiero la voluntad del Padre y a ti por lo que eres". Terminadas estas palabras, Jesús me entregó su amistad más íntima y la misión para la que me destinaba."

Parte de la Iglesia del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús

Esta experiencia fue muy trascendental en su vida, por la transformación que se operó en su alma. Las palabras de Jesús hicieron su efecto, no sólo en cuanto a tratarla como a

esposa, sino en la renuncia a sus consuelos, porque aunque después recibió gracias de él, sólo fue para poder cumplir la misión que le encomendó al orientar su vida para bien de las almas.

Por estas gracias que recibió, Dios imprimió en su alma un conocimiento experimental de cómo ama Dios Padre, cómo redime Dios Hijo y cómo santifica Dios Espíritu Santo, que la haría vivir constantemente en su divina y amorosa presencia, de forma muy notable.

¿Qué misión le encargaría el Señor en la Iglesia a partir de ahora?

2. Subida en el vagón

Nuestra Madre Mercedes de Jesús, deseando ser dócil al Espíritu de Dios, recibió una gracia muy especial que la dejaría marcada para toda su vida.

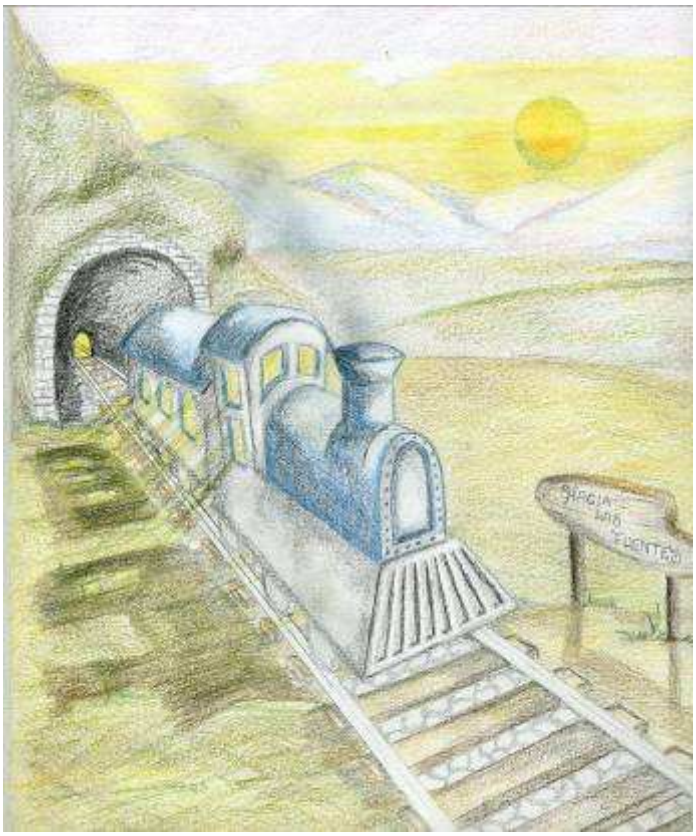
Ella nos la cuenta así:

"Fue como un sueño, pero no es sueño. Sucedió durante la noche, pero fue una cosa muy especial; no sé explicarme. Diré lo que vi.

Me vi como de edad de tres a cuatro años, vestía de blanco. Estaba sentada en un prado amenísimo muy cerca del río, a su orilla. Era un día de sol espléndido. Estaba yo sola entretenida o jugando con un cestillo, ocupada o preocupada por matar unos bichitos (como babosas) que había en él, pero no lo conseguí, sino que se me subieron por el brazo izquierdo y los perdí de vista. Se refugiaron en mi cuerpo.

De pronto, me sentí sorprendida por las aguas que bajaban del río, que con ser muy altas, no se salían de su cauce. Era lo que más me admiraba, pues las aguas tocaban al cielo de altas que venían y, en cambio, no se desbordaban, sino que bajaban por el cauce del río que no era muy ancho. Su vista me llenó de un gozo dulcísimo.

Después, sin yo saber cómo, me vi subida en una especie de vagón, metido en un túnel muy oscuro. Yo estaba dentro del vagón, de pie, sola. Según circulaba el vagón yo miraba por la ventanilla delantera. Estábamos comenzando el túnel, y veía las vías y la tierra. Al principio aparecían de vez en cuando unos charquitos de agua; después se hizo totalmente árida y seca, polvorienta. Yo iba asustada.



De pronto, sin darme cuenta, en un viraje rápido y no sin ruido, el vagón, que apareció como un tren, se puso totalmente en dirección contraria circulando por las vías paralelas. Me asusté más, pero al comprobar que en mi corazón ardía el amor a mi Padre querido, me sosegué.

De pronto me volví a asustar mucho más esperando una catástrofe, pues me pareció que el vagón rodaba sin vías, no las veía. Sentí pánico. Pero una voz fuerte y enérgica me dijo: "sí las hay, fíjate". Miré y las vi cubiertas de polvo, hundidas en la tierra de no haber pasado por ellas en mucho tiempo. Entendí que encerraban un espíritu evangélico muy elevado. La voz me había disipado el temor, y me había infundido gozo en el alma e impulso y firmeza en el ánimo.

El vagón circulaba con bastante velocidad, es decir, normal. No sé cómo pudo ser aquello, pero el caso es que yo lo vi desde fuera, y vi la luz que llevaba dentro, por las ventanillas que tenía, en cambio, yo dentro estaba a oscuras.

Según circulaba nos aproximamos a un cruce de vías, cuando me sobrecogió de pronto la marcha y ruido prepotente, muy sonoro, de un tren que nos cruzó. Iba a más velocidad que el nuestro e hizo mucho ruido al cruzarnos, tan intenso, que me infundió miedo y quedé atemorizada. Las vías por las que rodaba estaban en estado normal de haber viajado mucho. Vino por la parte izquierda de un túnel muy corto, pues se veía la luz del día. Nos cruzó y siguió la marcha hacia la derecha.

Después de esto, el vagón donde yo iba empezó a rodar sobre arena y se tambaleaba. Yo tragaba angustias. Sufrí lo indecible al verme sola y ante una catástrofe que esperaba. Pero el vagón, continuando la marcha se encaminó hacia otro túnel muy corto con firmeza y suavidad. El amor hacia mi Padre había crecido en mi corazón. Según pasaba el vagón donde yo iba, que era ya a pleno día, vi cómo se quedaban marcadas unas vías preciosas. Era todo nuevo. Las vías parecían de plata según brillaban al herirlas el sol. Las piedras y traviesas que daban firmeza a las vías eran nuevas, de color gris limpio. Yo tenía el corazón lleno de gozo y alegría. Comprendí que era un camino nuevo que yo marcaría, y que me seguirían en él un grupo reducido de monjas de muy elevada santidad.

Al principio de entender esto, que fue cuando se empezó a marcar el camino, yo me resistí interiormente. Después lo deseé. Aquí me vi a mí misma que había crecido. Era ya adulta. El panorama donde estaba situado el camino era pobre, pero el día era luminoso, el horizonte infinito..."

¿Qué presagiaba esta visión? ¿Una espiritualidad que resurgía…?

3. Con el Concilio Vaticano II hacia las fuentes de la Orden

El Concilio Vaticano II en su Decreto Perfectae Caritatis sobre la "adecuada renovación de la vida religiosa" – vuelta a las fuentes – despertó con fuerza, en el espíritu de nuestra Madre Mercedes, el deseo de fidelidad a nuestra Madre Fundadora Santa Beatriz de Silva. Ella había fundado la Orden Concepcionista para el culto, amor y servicio de la Virgen Inmaculada. La gracia del Concilio le hizo entender que debería retornar a la ascesis y al espíritu mariano de nuestra Fundadora, y consecuentemente, se decidió a ello trabajando en la "vuelta a las fuentes" con constancia y amor.

Y así, esta visión que tuvo nuestra Madre Mercedes, veremos cómo se hizo realidad en el trayecto de treinta largos años…

En 1969 su Madre Abadesa le pidió que escribiese un artículo, ya que la Federación había solicitado trabajos a los diferentes Monasterios para estudiar el espíritu de nuestra Madre Fundadora y presentarlo en el Congreso que se celebraría en Toledo.

Y es aquí cuando el Señor le regaló otra gracia. Ella nos la cuenta así:

Una de las primeras Concepcionistas de la Fundación del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús

"Hasta ahora en todo lo que se había trabajado y ocurrido acerca de la renovación de nuestra Orden no me había movido el Espíritu. Lamentaba que no se reconociese a nuestra Madre Fundadora Santa Beatriz de Silva su carisma... pero no me sentía responsable por ser la última Profesa de votos solemnes y mi espíritu no se sintió movido, hasta que la Abadesa me encomendó escribir los textos sobre el espíritu de nuestra Madre Fundadora. Entonces caló muy dentro de mi alma con la suavidad, paz y dulzura que Dios lo hace, el espíritu de la Fundadora. Mejor, entró su espíritu en el mío, en una experiencia muy cercana que tuve de ella donde la conocí. Ella se puso junto a mí. La experimenté inocente y muy amante de María, muy dulce y humilde. Muy entregada al Señor, con un alma muy pura, blanca, sin doblez, abandonada en Dios (…) Sentí gran gozo al escribir esto, como si en ello plasmara el alma y el espíritu de santa Beatriz, nuestra Madre, y aún ahora lo siento, porque no fui yo, fue su influjo, repito, su presencia sentida, la que me impulsó a clamar que sería el amor a María Inmaculada la raíz fundamental que mantendría con vigor la espiritualidad concepcionista. Con esto quería decir que no había otra espiritualidad en Santa Beatriz, y que a través de ella conseguirían las concepcionistas la transformación en Cristo y glorificación del Padre".

Estos deseos de fidelidad a la Fundadora se fueron acrecentando día a día, moviéndola a la práctica de las virtudes, encontrando su gozo en ello y edificando a su Comunidad.

Manualidades que realizaban las primeras monjas del Monasterio

Después de escribir el artículo que le pidieron, la Federación encargó al Monasterio de Alcázar de San Juan la elaboración de una Revista Federal que se llamaría "Vivencias Concepcionistas" donde se trataba el tema del espíritu de nuestra Madre Fundadora propio de la Orden. Se encomendó la dirección de la Revista a nuestra Madre Mercedes. Esta Revista se difundió por todos los Monasterios Concepcionistas de España y América, encontrando buena acogida en las monjas.

El correo llegaba con frecuencia, con cartas como ésta:

"Solicitamos de ese Monasterio el documento maravilloso que Vds. han preparado. Se lo agradeceremos en el alma… Por eso acudimos a Vds. y nosotras procuraremos poner nuestro granito de arena…" (Carta de un Monasterio de la Orden).

Los días pasaban y el amor de Dios ardía con fuerza en el corazón de nuestra Madre Mercedes…

Un acontecimiento importante se acercaba en la vida de la Comunidad: el Capítulo de elección de Abadesa… ¿Quién sería la nueva elegida? ¿Cuáles serían los designios de Dios sobre esta Comunidad de Alcázar de San Juan?

Parte de la Comunidad del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús

4. Elegida Madre Abadesa

La nieve de este mes de enero caía sobre La Mancha… el frío era penetrante, los copos embellecían la elegancia de los árboles… y unos toques de campana reunían a las monjas en la sala capitular. Lenta, pausadamente cada Monja se dirigía a su sitio respectivo… Comenzó el Capítulo electivo… Resultó elegida Abadesa nuestra querida Madre Mercedes de Jesús.

Y así en este 23 de enero de 1970 se comenzaba ya a cumplir la visión que tuvo: ¡Subida en el vagón, al frente de la Comunidad! Tenía treinta y cuatro años, era la penúltima de las monjas capitulares y la más joven, por lo que al no tener la edad canónica suficiente, fue necesario pedir dispensa a Roma, cuya confirmación vino el 12 de marzo de dicho año.

Este cargo que desempeñó durante treinta y dos años, lo hizo con una entrega incansable a su querida Comunidad, edificándola con sus constantes ejemplos de virtud y trabajando en la "vuelta a las fuentes" de su amada Orden, desarrollando la espiritualidad concepcionista.

Presbiterio del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús

Apoyó esta iniciativa en todo momento Monseñor Don Juan Hervás y Benet, Obispo de esta diócesis de Ciudad Real, Pastor siempre solícito en promover e impulsar las directrices del Concilio Vaticano II sobre la adecuada adaptación y renovación de la vida religiosa, viviendo con fidelidad el espíritu y los propósitos de los Fundadores, como dice el Decreto Perfectae Caritatis 2.

Desde que Madre Mercedes de Jesús fue nombrada Abadesa tomó como Director espiritual al Padre José Ramón Bidagor Altuna, Sacerdote Jesuita, el cual la dirigió en el espíritu y le pidió que escribiese las luces y sequedades que hubiese tenido desde la "visión de las vías". A él le informaba de todo lo que iba sucediendo en la "vuelta a las fuentes" y le obedecía con toda fidelidad porque como ella decía:

"La obediencia verdadera es el beso de amor de dos voluntades que se aman: la divina y la humana. Así fue la obediencia de Jesús. Eso debo buscar en todas mis obediencias, rindiendo mi voluntad amorosa, a la amorosa voluntad de mi Dios. Que sea tan dulce, como un beso de amor; tan sincera, que realice la unidad de corazones; tan completa que no quepa en ella más que Dios. Cuando la obediencia se me presente dura, pensaré que dejo de dar un beso a mi Padre, si dejo de cumplirla. ¡Amor mío! ¿Qué esfuerzo, vencimiento, renuncia no mereces tú, Dios mío?"

5. "Si el Señor no construye la casa en vano se cansan los albañiles"

Unos meses después de haber sido elegida Abadesa, Madre Mercedes de Jesús, se comenzó la construcción del nuevo Monasterio de Alcázar de San Juan, debido al deterioro e inminente ruina del que habitaban, llamado del Sagrado Corazón de Jesús. Este nuevo Monasterio se denominaría de la Inmaculada y Santa Beatriz de Silva.

El Sr. Obispo D. Juan Hervás había comprobado lo peligrosa que resultaba la estancia de la Comunidad en el ruinoso Monasterio y, como creía en la fuerza de la oración, dio el permiso necesario.

Comenzaron las obras, confiando en el Señor que era quien las impulsaba, el día 17 de julio de 1971, pero en el mes de marzo siguiente los recursos económicos se terminaron. Una carta, de las que nuestra Madre Mercedes enviaba solicitando ayuda, fue encontrada por D. Pablo Salvador Bullón en la papelera de la oficina de una Empresa Eléctrica de Madrid en la que él trabajaba. Este señor había perdido a su esposa repentinamente a la edad de 45 años, hacía sólo cuatro meses. Al ver la carta, a D. Pablo Salvador le llamó la atención el sello de Comunidad, la leyó y decidió en su corazón ayudar a la Comunidad en sufragio del alma de su queridísima esposa.

A tal efecto se personó en el Monasterio, se interesó por la situación de la Comunidad, visitó las obras del nuevo Monasterio y ese mismo día se comprometió a costear totalmente las obras. ¡El Señor veló por sus monjas de Alcázar!

El día 16 de septiembre de 1972 el Sr. Obispo de la diócesis D. Juan Hervás visitó las obras del nuevo Monasterio. Había seguido paso a paso las inquietudes y penosos ratos que la Comunidad había vivido en el antiguo y ruinoso Monasterio.

Se fijó la fecha del traslado de la Comunidad al nuevo Monasterio y su inauguración para el día 28 de noviembre de 1972, primer aniversario del fallecimiento de Dª Josefa Becerra González, esposa de D. Pablo Salvador, a cuya memoria, como hemos dicho, él levantaba el Monasterio.

Pero las obras estaban retrasadas y por tanto el Monasterio no estaba preparado para acoger a la Comunidad. No obstante, las monjas no quisieron dejar pasar la fecha aniversario y con gran esfuerzo y trabajo, tomando conciencia del frío invierno que se avecinaba, se decidió que se preparasen las dependencias más imprescindibles para efectuar el traslado en la fecha mencionada. Y así fue…

6. Traslado del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús al de la Inmaculada y Santa Beatriz de Silva

Tras las puertas de este Monasterio que se cerraba, quedaba el ejemplo heroico de almas que, en palabras de nuestra Madre Mercedes… *"Son las que calladamente desgastan sus vidas en grandes obras, sin que nadie lo advierta. Así son las monjas de esta comunidad"*.

28 de noviembre de 1972… La Comunidad en silencio va saliendo del antiguo Monasterio… Y acompañadas del Delegado de Religiosas D. Antonio Lizcano, a las cinco de la tarde llegaban al nuevo Monasterio.

Novicias y Monjas de la Comunidad saliendo del antiguo Monasterio

Madre Mercedes cerrando la vieja puerta del Monasterio

El primer acto que hicieron al entrar en el Monasterio fue llevar el Santísimo Sacramento al Sagrario que estaba especialmente preparado en la Sala Capitular, ya que la Iglesia del Monasterio se estaba construyendo. Y, con el fervor que este acto requería, comenzó la Santa Misa presidida por D. Antonio Lizcano.

El contratista de la obra D. Eduardo Montealegre indica el camino por donde han de pasar al Monasterio. A la izquierda del contratista Madre Mercedes, sigue, D. Antonio Lizcano, Delegado de Religiosas de la Diócesis de Ciudad Real, que portaba al Santísimo de forma privada, y el resto de la Comunidad.

Parte de la Comunidad en el momento en que el Santísimo tomó posesión de esta su nueva Casa, por primera vez.

El día se despedía y, cercana la noche, las monjas quedaban solas "acampadas en una obra" en frase del arquitecto del Monasterio, D. Francisco Alonso de la Joya pues, según él, no se podía denominar de otro modo la estancia de la Comunidad en el nuevo Monasterio.

7. Monasterio de la Inmaculada y Santa Beatriz de Silva

Por fin llegó el día de la inauguración oficial y bendición del Monasterio y de la Iglesia ya terminada… El 19 de marzo de 1973, solemnidad de nuestro Padre San José.

La prensa se ocupó de divulgarlo… La noticia, con humildad y sobriedad, como sus mismas protagonistas, saltó a la vista en los periódicos, cuyos titulares decían: "Alcázar de San Juan. Traslado de las Monjas Concepcionistas".

El pueblo, Sacerdotes, Religiosas, Religiosos de la localidad, el Sr. Alcalde y otras autoridades estaban de fiesta por la inauguración del nuevo Monasterio.

Un volteo de campanas y cohetes anunciaban la llegada del Sr. Obispo D. Juan Hervás, acompañado del Sr. Vicario General de la diócesis D. Félix Rodríguez – Izquierdo. Salió a recibirlos toda la Comunidad, entre la afluencia de fieles que llenaban las proximidades del Monasterio. El Sr. Obispo quedó gratamente impresionado, sobre todo, cuando una mujer entre toda la gente gritó fuertemente: "¡Viva las monjas de clausura!"

El Sr. Obispo D. Juan Hervás y nuestra Madre Mercedes unos momentos antes de comenzar la ceremonia de bendición de la Iglesia y Monasterio

El Sr. Obispo pronunciando la homilía

En la Eucaristía, durante la homilía, el Sr. Obispo en la que resaltó el valor de la vida contemplativa, su necesidad y misión en la Iglesia actual y la confianza que la misma Iglesia tiene depositada en ella. Tuvo un recuerdo también para todos los que, de algún modo, habían cooperado a hacer realidad el Monasterio. Manifestó asimismo el profundo amor que

profesaba a la Comunidad y agradeció al pueblo la prueba de cariño que habían dado a las monjas con su asistencia.

Finalizada la Eucaristía tuvo lugar la bendición el Monasterio construido en estilo sencillo que se adapta modestamente a las normas de una moderna arquitectura, que ha tenido en cuenta las directrices postconciliares que regulan la clausura de las monjas. Este estilo se observa en todo el edificio, resultando un conjunto armonioso de sobriedad, elegancia y limpieza de líneas de agradable sabor monacal.

El Sr. Obispo D. Juan Hervás bendiciendo la sacristía interna del Monasterio. A su lado el párroco de Sta. Quiteria, D. Juan de Dios Mendoza

Fotografía de la Comunidad en la Iglesia, después de la ceremonia, con el Sr. Obispo y D. Pablo Salvador, bienhechor que costeó en su totalidad las obras del Monasterio

Momentos en los que el Sr. Obispo visita distintas dependencias del Monasterio

Nuestra Madre Mercedes hablando con el Sr. Obispo y D. Pablo Salvador.
Detrás del Sr. Obispo está D. Francisco Alonso de la Joya, arquitecto del Monasterio.

Minutos antes de despedirse el Sr. Obispo

El 15 de mayo de 1973 el Nuncio de Su Santidad, Mons. Luigi Dadaglio visitó el nuevo Monasterio. Con su gran amabilidad, Mons. Dadaglio escribió las siguientes líneas en el libro de la fundación del Monasterio: *"Dejo constancia en estas líneas de cuánto me gustó este Monasterio creado en estilo moderno lleno de religiosidad y de cómo me impresionaron favorablemente las Religiosas Concepcionistas por su espíritu tan sereno y alegre, las cuales constituyen una ejemplar Comunidad de la Iglesia Postconciliar. Que Dios las bendiga y les envíe muchas vocaciones y que permanezcan fieles y fervorosas a su santa vocación"*.

8. La renovación en manos de la Sagrada Congregación… Viaje a Roma

Terminamos la inauguración y bendición del nuevo Monasterio, sabiendo que éste se dedicó con ahínco a la "vuelta a las fuentes de la Orden". Con este fin nuestra Madre Mercedes continuó trabajando en ella. Ahora seguimos con otra obra… "la reconstrucción del espíritu de nuestra Madre Fundadora Santa Beatriz de Silva.

El Ilmo. D. Antonio Lizcano Ajenjo, Delegado de Religiosas, le recomendó que hicieran un viaje a Roma para tratar el asunto y que escribiese al Emmo. Cardenal Arturo Tabera Araoz C.M.F., suplicándole audiencia en las fechas que le fuera posible atenderlas.

El Sr. Obispo D. Juan Hervás abogaba por el viaje a Roma de nuestra Madre Mercedes de Jesús para exponerle al Cardenal Tabera, en una audiencia, sus deseos de "vuelta a las fuentes", por lo que el Sr. Obispo escribió una carta laudatoria sobre la Comunidad al Cardenal Tabera.

El Cardenal Tabera les concedió una audiencia para el 23 de junio de 1975. Sin embargo, no se pudo realizar por el fallecimiento inesperado de Su Eminencia.

Le sucedió en el cargo el Emmo. Cardenal Eduardo Francisco Pironio.

Al fin se realizó el viaje a Roma el 3 de febrero de 1976. Fue nuestra Madre Mercedes y la Vicaria de la Comunidad acompañándolas D. Antonio Lizcano, Delegado de Religiosas.

En la entrevista con el Cardenal Pironio, nuestra Madre Mercedes le entregó un folio, enumerando los objetivos principales de la renovación:

> *"**1º**. Nos parece que lo que Dios quiere de nosotras es, que vivamos con la mayor perfección que es posible a unas pobres criaturas pecadoras, las características o santidad del pensamiento creador de Dios sobre el hombre, salvado dichosamente en María.*

2º. No lo podemos llevar a cabo con las Constituciones que tenemos porque no encontramos en ellas esta espiritualidad. Pensamos que el ambiente paradisíaco antes del pecado, refugiado en la Inmaculada, Dulcísima y Santísima María, Madre del Redentor, debería destacarse de modo peculiar e informar totalmente a nuestras Constituciones para ayudarnos así a vivirlo.

3º. Deseamos que uno de los medios de ascesis que los miembros de esta sagrada Orden practiquemos para vivenciar de modo peculiar en nuestra querida y Santa Madre Iglesia la armonía o ausencia de violencia en que el hombre vivía bajo la primigenia inspiración creadora de Dios, y además por el cual, nos asociaremos a la acción redentora de Cristo, es, la abstinencia de carne durante todo el año, y de pescado, si puede ser: o al menos en determinados días.

4º. De esto, y de otras observancias, deseamos hacer la experiencia, vivirlas para después escribirlas y someterlas a la aprobación de nuestra Santa Madre Iglesia. Para ello suplicamos su bendición y aliento.

5º. Por el culto, la piadosa veneración, el encendido amor y la fidelísima imitación de la Inmaculada, dulcísima y siempre dócil Virgen María y demás observancias, esta bendita Orden vivirá y trabajará para la misión a ella encomendada: recordar a los hombres, fuertemente, el pensamiento creador de Dios sobre el mismo hombre, para atraerlos al conocimiento y amor de su Principio adorable: DIOS PADRE, y realizar así esta idea de santidad, restaurada por la redención de Cristo".

El Sr. Prefecto lo leyó con mucha atención y le dijo que ese mismo día tendrían reunión los Superiores Mayores y expondría el caso.

¡El proyecto entraba por buen cauce…!

Cardenal Eduardo Pironio, actualmente está en Proceso de Canonización

Regresaron a España el 9 de febrero, con el alma henchida de gozo y muy esperanzadas.

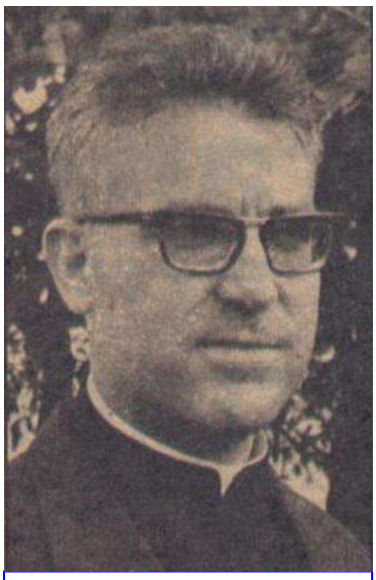
Con D. Antonio Lizcano, Delegado de Religiosas de la Diócesis de Ciudad Real

9. Monseñor Don Rafael Torija: '¡Bendito el que viene en nombre del Señor!'

Los meses transcurrieron y junto con la noticia de la canonización de nuestra Madre Fundadora santa Beatriz de Silva el 3 de octubre de 1976, se anunciaba el nombramiento para la diócesis de Ciudad Real de Mons. Rafael Torija de la Fuente, ya que el Santo Padre Pablo VI había admitido la dimisión de Mons. Juan Hervás y Benet, por enfermedad.

En febrero del año siguiente D. Antonio Lizcano, Delegado de Religiosas, escribió a nuestra Madre Mercedes diciéndole que el Sr. Obispo preguntaba con mucho interés por el proyecto de "vuelta a las fuentes".

Pasado un tiempo, una gran alegría llenó el corazón de Madre Mercedes de Jesús. El Sr. Obispo D. Rafael Torija se personó en el Monasterio y dijo a la Comunidad que estaba dispuesto a apoyarlas en todo y que quería que la "nueva forma de vida" se hiciese en esta diócesis de Ciudad Real.



Sr. Obispo
D. Rafael Torija

"Bendito el que viene en nombre del Señor", seguramente resonarían estas palabras en su interior, recordando la primera carta que ella le escribió cuando fue nombrado por el Santo Padre Pablo VI, Obispo de la diócesis de Ciudad Real:

"… Teníamos mucha pena por la separación del que ha sido nuestro Prelado: Mons. Hervás, al que tanto queremos, pero ésta, ha sido superada con creces con la presencia joven y entrañable de V.E. así llega su persona a esta Comunidad. Y le decimos con toda el alma uniéndonos a toda la comunidad cristiana de Ciudad Real: 'Bendito el que viene en nombre del Señor'; así le recibimos porque es Dios por medio del Santo Padre quien nos lo envía, y así le obedeceremos con alegría, para construir juntos la Iglesia de Dios. Bendíganos nuevamente. Rezamos por V. y la Diócesis".

El año 1979 estaba llegando a su término… Nuestra Madre Mercedes anotaba el día 6 de diciembre:

"Demostraré mi amor al Padre tratando a mis Superiores con cariño, y respeto; y obedeceré, no sólo sus mandatos, sino sus insinuaciones con prontitud y dulzura en el corazón.

Dejaré que Jesús ame a mis hermanos desde mi corazón (aunque me cueste matar mi amor propio) procurando el bien para todos ellos en toda ocasión, ya de pensamiento, de palabra y de obra. Esto hacerlo con todos, pero más con las que me rodean. Siempre anteponer su bien al propio.

Procuraré situarme en la verdad y andar en ella, buscando en toda ocasión la humillación para mí. Con serenidad. Situarme siempre en el último lugar. Es el que me pertenece, el mío. Esto es para mí 'andar en la verdad'. Pisar sobre 'roca', no sobre tierra movediza. Edificar en la Verdad: Cristo, mi Roca, mi Verdad. Esto es para mí la salvación, bien lo sé, bien convencida estoy de ello por experiencia y por la misericordia de Dios. Es éste un gran don para mí, quizá el mayor que me ha hecho Dios en toda mi vida. De él se me pedirá cuenta y él es mi salvación, o mi fracaso o

frustración. Bien lo sé. Todo mi bien depende del caso que haga de él. Dios ha hecho cuanto estaba de su parte a favor mío dándomelo a conocer. En mí está la respuesta, la fidelidad.

Llevaré cuenta de estos tres propósitos diariamente y los leeré a menudo para que no se me olviden. Por cada falta una penitencia. Dios no es el 'Otro' distante, sino el comienzo de 'mi' ser. Por eso, volver a él no es renunciarme, sino ahondar y situarme en el 'comienzo' de mi ser. Es empezar a edificar desde 'mis cimientos' mi personalidad. Por eso es tan recia y madura cuando se basa en Dios, el Estable.

1º Hablaré poco... Viviré intensamente... mi vocación.

2º Sufriré en silencio. Sonreiré siempre.

3º Disculparé a todos. Amaré sin descanso, y así, nunca me sentiré ofendida. Mala señal si alguna vez me siento ofendida; es, que he dejado de amar.

¿Recuerdas? 'Padre, perdónales, no saben lo que hacen'. Tú, Cristo, mi Meta".

10. Alcázar "cuna" de la nueva forma de vida

La Sagrada Congregación escribió al Sr. Obispo comunicándole que no tendría ninguna dificultad en permitir a las monjas interesadas un cierto período de "Experimento", para comenzar a vivir esta nueva forma de vida.

Consecuentemente el 13 de marzo de 1981 el querido Sr. Obispo D. Rafael Torija de la Fuente expidió el Decreto del comienzo del "Experimento". Este hecho llenó de alegría y de agradecimiento a nuestra Madre Mercedes y a su Comunidad.

Después de doce años de oración, trabajos y sufrimientos, signos vivos de las obras de Dios, el 25 de abril de 1981 se comenzaba en el Monasterio de Alcázar de San Juan la "vuelta a las fuentes". Alcázar sería la "cuna" de esta nueva forma de vida monástica concepcionista, fundamentada en la Bula fundacional de la Orden *Inter Universa* aprobada por S.S. Inocencio VIII el 30 de abril de 1489.

Nuestra Madre Mercedes, aquel día reunió a la Comunidad y la exhortó así:

"Al fin llegó el día de comenzar a vivir lo que tanto hemos deseado: Nuestra espiritualidad concepcionista o "vuelta a las fuentes" como nosotras la llamamos, a la primigenia inspiración de nuestra querida Orden; por la que tanto hemos sufrido, orado, esperado… Largos años de sufrimiento, de esperanza, de oración, de intensos deseos, nos han conducido hasta aquí.

¿Por qué lo hemos deseado tanto? ¿Por qué? ¿Nos hemos parado a descubrir la causa de estos deseos? ¿Por qué lo hemos deseado tan intensamente?

La respuesta es el programa más bonito y estimulante para nuestra vida: Lo hemos deseado tanto, porque antes lo ha deseado Dios.

Sí, Hermanas. Es iniciativa divina este nuestro "proyecto". Y, para poderlo llevar a cabo, Dios mismo nos ha escogido, ha puesto en nuestro corazón una partecita de su deseo, del amor que tiene a nuestro nuevo camino, y así lo ha realizado a pesar de nuestra indignidad. ¡No lo dudéis nunca! Antes que nosotras, Dios ha amado nuestra "nueva forma de vida" porque ha nacido de Él. ¡Por eso ha podido ser posible! ¡Sólo por eso!

Pensémoslo muy despacio para que comprendamos a qué nos obliga. Dios, ese Dios tan inmenso nos ha entregado un designio suyo para que lo realicemos.

Sólo Él conoce ahora el alcance que puede tener en su Iglesia. Lo que sí podemos saber ya nosotras es, que encierra un inmenso amor de sus entrañas de Padre hacia nosotras y hacia toda la humanidad.

Lo iremos viendo, con su gracia, en las explicaciones que, D. M., tendremos sobre los Estatutos que nos han aprobado.

Y, ¿para qué ha querido Dios hacer revivir en este tiempo la espiritualidad concepcionista como la vamos a vivir nosotras? ¡Ah! ¡Qué importante es esto!

Aquí se encierra todo el contenido de este designio de amor. Es tan importante que aquí descubrimos nuestra razón de existir y de ser Concepcionistas, nuestra misión en la Iglesia, nuestra función específica en el Cuerpo Místico de Cristo. Aquí redescubrimos el designio que Dios tiene sobre cada una de nosotras y sobre todos los hombres.

Lo iremos descubriendo a medida que vayamos conociendo el espíritu y la misión concepcionista de los Estatutos. Misión que cumpliremos mediante nuestra santidad personal, como veremos igualmente.

Y ahora, de inmediato, ¿qué se nos pide como más urgente, como preparación para comenzar a hacer vida de nuestra vida este designio divino? ¡Humildad! ¡Reconocer nuestra verdad!

Sabemos que es un designio de Dios y que para llevarlo adelante, hemos de trabajar a una con su modo de ser, con su Espíritu. Es por tanto decisivo para no fracasar, para no sacarlo de su esfera divina, reconocer nuestra impotencia para apoyarnos sólo en Él.

Reconocer, o tener en cuenta la base sobre la que nos asentamos: Si nos apoyamos en nosotras mismas: la Nada, el pecado. Eso somos.

Situarnos en esta verdad, reconocer nuestra condición pecadora, y que sin Dios no somos ni podemos nada. Es lo que Dios necesita para trabajar junto con nosotras en la realización de este designio suyo adorable.

Desde esta base que es la verdad, y con la gracia divina que, consecuentemente, nos enviará, podremos ir reconociendo lo que Dios piensa y quiere de nosotras, lo que somos por participación de su ser divino, la meta hacia la que debemos correr y los medios que hemos de ejercer para desarrollar esta vida divina en nosotras, y así lograr el fin para el que Dios nos creó, y, por lo mismo, este proyecto de vida religiosa en su Iglesia.

Los grandes sufrimientos que habéis soportado hasta llegar aquí, me dan confianza para esperar buenos frutos de esta "experiencia" que ahora comenzamos.

Se me agolpan los recuerdos de los múltiples trabajos sufridos por esta causa, y no tengo más remedio que dar las gracias a Dios y a vosotras por vuestro aguante, por vuestra paciencia, por vuestra fidelidad, por vuestra generosidad y perseverancia, por vuestra oración y espíritu de sacrificio que han contribuido a hacer realidad lo que tan dentro del corazón llevamos: el comienzo de nuestra renovación concepcionista.

Gracias debemos dar a Dios por los dones que nos ha concedido, por las dificultades que nos ha allanado, y porque nos ha hecho llegar a este momento cargadas de sufrimientos, de grandes sufrimientos. Gracias, porque ha marcado el camino con su Cruz, dándole así valor.

Toda esta intervención divina y la que silenciamos, pero que vosotras bien conocéis, busca una respuesta adecuada. Y si tanto nos ha costado llegar aquí, ¿qué no haremos de ahora en adelante por alcanzar el fin que Dios nos ha propuesto al lanzarnos por este camino? Sé que os tendré que frenar.

Para confusión mía – Dios sabe que digo verdad –, ha querido que os preceda con el ejemplo. ¡Él sea bendito! Que bien me mortifica, pues vosotras conocéis mis grandes defectos. Pero espero que por vuestra humildad en soportarme, Dios hará bajar a raudales su gracia sobre nosotras, para que todas lleguemos a ser lo que Él espera de cada una, y así quedemos todas beneficiadas.

Para comenzar nuestra "vida" en el nombre del Señor, vamos a poner todo nuestro esfuerzo y voluntad, en crear entre nosotras un ambiente de amor, de unión fraternal, de confianza, de alegría, de paz, de respeto mutuo, de humildad, reconociéndonos cada una de nosotras servidoras de las demás, como nos amonesta San Pablo. Pero de verdad, con el corazón, que esto es sabiduría.

Que a ninguna se nos ocurra pensar que somos mejores que las demás. ¡Dios nos libre de esto! Sería el síntoma más claro de que no nos guía el espíritu de Dios, y, consecuentemente, habríamos errado el camino y marcharíamos perdidas. Nos haríamos odiosas a Dios y a las Hermanas, y todo el esfuerzo en la santidad sería vano, inútil con tal principio.

Debemos huir de esto como se huye del propio fracaso, como se huye de la peste. Lucharemos contra esta tentación del enemigo, que vendrá, sin duda para intentar echar por tierra toda la obra que Dios quiera hacer en nuestra alma.

¿Cómo luchar? Ya sabemos, cuando llegue esa tentación, levantemos los ojos a nuestros Modelos: Jesús y María, comparémonos con Ellos, y así, al ver el poco parecido que con Ellos tenemos, no nos quedarán ganas más, que de bajar la cabeza de vergüenza, pedir perdón por los propios pecados y por la poca correspondencia a sus gracias, y de humillarnos tomando cuenta de los propios defectos para quitarlos, el primero éste, si es que queremos de verdad agradarles y transformarnos en Ellos, viviendo nuestra consagración en la esfera de Dios: en la verdad, no en la del demonio. Que esto haríamos si nos dejásemos llevar de ese veneno de muerte que es la soberbia.

Amor, pues, sincero a todas las Hermanas para exteriorizar el de Dios que arde en nuestro corazón. Confianza fraternal entre todas, respeto mutuo y humildad sincera, de la

buena, de la que nace de nuestra conciencia pecadora reconocida, que es la que nos hace situarnos en la verdad de nuestra ruindad y de nuestra nada.

Así nos abriremos a Dios, podrá Él estar contento con nosotras y derramar sobre cada una todas las gracias que ya nos tiene preparadas y desea concedernos.

¡Dios quiera que estos principios sean tales como Él los quiere y espera! ¡Que seamos todas de Dios y de nuestras Hermanas por amor a Él!

Si lo vivimos así, el resultado será nuestra pacificación interior, nuestra vida de unión con Dios, que tantos beneficios reporta a la Iglesia; nuestra santificación total.

Amor, humildad. He aquí los polos que han de regir estos comienzos. Amor a Dios y a las Hermanas. Humildad sincera cara a Dios, que se traduce en el trato dulce, afable, benigno con las Hermanas a las que consideramos superiores a nosotras mismas. Lo repito mucho, perdonadme, pero es que ésta es la base fundamental sobre la que ha de apoyarse el edificio que Dios quiera construir.

Abramos la tierra de nuestro corazón a Dios para que Él pueda profundizar hondo, y hacer que nosotros conozcamos.

¡Oh, si tuviésemos siempre despierto el sentimiento de nuestra culpabilidad! ¡Si tuviésemos el alma humilde! No sería difícil creernos indignas de convivir con nuestras Hermanas. No sería difícil si llevásemos siempre delante de nuestros ojos nuestros propios pecados.

Por haber ofendido a Dios, sólo por este hecho, nos juzgaríamos indignas de aprecio de las demás y veríamos como una gran caridad inmerecida el que soportasen nuestra convivencia y la mejoraríamos.

¡Qué agradables seríamos a Dios, si trabajásemos con ahínco por llegar a escalar la verdad del propio conocimiento y poseerlo hasta este nivel! ¡Qué envidia poder llegar hasta aquí!

Pidamos al Señor el deseo ardiente de poseer este conocimiento, y después, entender el gran valor que tiene ante sus ojos divinos esta soberana virtud, que nos levanta a vivir en la Verdad que es Él, en la esfera de Dios donde comprendemos que Él lo es ***todo*** *y nosotras* ***nada.***

Pidámosle que ilumine nuestra mente hasta que nos deje convencidas de nuestra ruindad y pecado. ¡Lo necesitamos de verdad!

¡Oh, qué buenos principios e imprescindibles para estos comienzos que tanto hemos deseado! ¡Dios nos lo conceda!

Pidámoselo con fervor y trabajemos firmemente para conseguirlo. En esto hemos de poner mucho empeño pues va en ello mucho: La gloria de Dios, la realización de su divino designio, todo el edificio espiritual que Él quiere comenzar a construir con nosotras ¡indignos instrumentos! ¿Qué no haremos para no defraudarle y más sabiendo que lo espera?

Humillémonos hasta lo profundo, que de verdad lo necesita Dios para empezar. Demos a Dios esto, y Él hará lo demás.

A ver quien empieza antes. Hemos de trabajar a porfía y ayudarnos mutuamente en esto. Por contentas nos daríamos si de esta primera reunión sacásemos esta determinación.

Sería la mejor palabra que diríamos a Dios, la mejor respuesta que Él quiere, espera y necesita para comenzar a actuar en nuestra "nueva forma de vida" ¡Oh, qué bienes nos vendrían!

Seamos sabias y construyamos a una con Dios, recio, en la Verdad, que es el mismo Cristo. Que sea una construcción que pueda perdurar. Tomemos conciencia de que Dios ha querido que seamos fundamento de algo que ha comenzado en Él. Interioricemos, pues, profundamente nuestra vida. Seamos humildes de verdad, a gusto de Dios. Confiemos plenamente en Él. Que nada nos desasosiegue ni intranquilice, abandonémonos en sus manos para que nos trabaje según su designio amoroso.

Que la Santísima Virgen, nuestra entrañable Madre Inmaculada, sea la que nos apiñe a todas en su corazón maternal, la que nos introduzca en su misterio, en la de su limpieza y santidad original, la que nos infunda su humildad, la que nos modele en su mismo corazón a gusto suyo, que es el de su Hijo y nos transforme totalmente en Él, para que no malogremos el designio de Dios sino que toda nuestra vida sea una constante glorificación de nuestra adorable Trinidad. Que así sea.

En el nombre del Señor, pues, comencemos con su paz, con su paz de Resucitado y que ésta perdure y presida todos nuestros actos internos y externos.

Con Jesús resucitado todo es nuevo. Esto se cumple en nosotras de modo especial hoy aquí. Todo es nuevo. Comenzamos una nueva vida en el nombre de Jesús Nazareno. Él, que hizo que anduviese el paralítico y viesen tantos ciegos, nos transforme y llene de su Espíritu, nos dé ilusión en el nuevo caminar, haga que olvidemos todo lo pasado que pueda impedir vivir su espíritu pacificador, su amor constante y sincero, la fraternidad evangélica que tanto nos recomendó. ¡Que nos hagamos dignas de Él! Dignas de que nos bendiga largamente y siempre.

Él ha puesto sus ojos en nosotras, como hemos contado. "Nos ha elegido Él" como nos ha recordado la palabra de Dios, "no nosotras a Él". Tomémoslo en serio, muy en serio, que son momentos muy importantes los que estamos viviendo y los que vienen después. Tomémoslo muy en serio, que es para ello, y empecemos renovadas este camino que su amor nos ha trazado.

¡Que su amor nos unifique! ¡Que Dios Trino y María Inmaculada vivan siempre con nosotras! Así sea."

Durante el tiempo del "Experimento", con la gracia de Dios que asistía a nuestra Madre Mercedes, fue reflexionando con su Comunidad y desarrollando la espiritualidad que nos legó nuestra Madre Fundadora Santa Beatriz de Silva en la Bula Inter Universa, que se centra en el misterio de la santidad original de María Inmaculada, y que había sido recogida en los Estatutos que escribió nuestra Madre Mercedes, habiendo sido aprobados por nuestro Obispo diocesano Mons. Rafael Torija de la Fuente primero, y que después enviaron a Roma, a la Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares.

El Sr. Obispo cumplió fielmente el encargo recibido de la Santa Sede, manteniendo contacto habitual, como un verdadero Padre, con nuestra Comunidad a través de visitas, de cartas y llamadas telefónicas.

Además, cada año, valiéndose de la disposición y fidelidad de su Delegado Episcopal de Religiosas D. Antonio Lizcano, hacía una visita de seguimiento de la Experiencia.

Y con el "Experimento" vinieron sus frutos: las vocaciones y la extensión de la espiritualidad concepcionista a otro pueblo manchego.

Así el 30 de abril de 1987 se abrió en Campo de Criptana un nuevo Monasterio, filial de Alcázar de San Juan, llamado del Creador y de la Inmaculada.

El pueblo de Campo de Criptana mostró una gran alegría por ver cumplido su deseo de tener entre ellos una Comunidad monástica concepcionista.

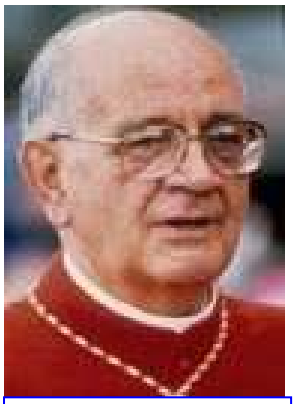
Durante este tiempo de renovación fue explicando a sus hijas la espiritualidad, que más tarde sería el libro "Hacia el amor perfecto, desde el Monte santo de la Concepción" y sus "Ejercicios Espirituales", entre otros muchos escritos que no han sido editados. La vivencia de este espíritu marcaría profundamente la vida de la Comunidad.

11. Al fin… el reconocimiento de Roma

El proceso de renovación había sido lento y muy esforzado como son las cosas de Dios. Nuestra Madre Mercedes solamente anhelaba ser fiel a lo que el Padre había infundido en su espíritu: fidelidad a nuestra Fundadora santa Beatriz de Silva, retornando al origen santo, para acercar a la humanidad al conocimiento y amor del Padre… y esto vivirlo dentro de nuestra querida Orden Concepcionista.

Por fin el 8 de septiembre de 1996, Natividad de la Virgen María, llegó la aprobación pontificia, tal y como nuestra Madre Mercedes la había presentado a la Sagrada Congregación: unas modificaciones a las Constituciones Generales de la Orden Concepcionista para que, respetando su texto, se introdujesen en el mismo cambios oportunos en los artículos que concernían a la espiritualidad franciscana y su forma de vida, para poner en su

lugar la espiritualidad mariana de nuestra Madre Fundadora santa Beatriz de Silva, su ascesis y forma de vida que la Iglesia le aprobó con la Bula fundacional *Inter Universa*.



Cardenal Eduardo Martínez Somalo

Este Decreto fue firmado por el Eminentísimo Cardenal Eduardo Martínez Somalo y Monseñor Francisco Javier Errázuriz Ossa, Prefecto y Secretario, respectivamente, de la Sagrada Congregación.

Insertamos el Decreto:

CONGREGATIO
PRO INSTITUTIS VITAE CONSECRATAE
ET SOCIETATIBUS VITAE APOSTOLICAE

Prot. n. 3330/96

D E C R E T O

El Monasterio de las Monjas de la Orden de la Inmaculada Concepción de Alcázar de San Juan, España, presentó la solicitud a la Sede Apostólica, para que fuera aprobado para dicho Monasterio el cambio de algunos artículos de las Constituciones Generales de la Orden, aprobadas el 22 de febrero de 1993 por esta Congregación con Decreto, Prot. n. R. 93-1/88.

La Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, en atención al deseo expresado por el Monasterio de Alcázar de San Juan, considerando lo expuesto y diligentemente examinado cuanto a ello se refiere, aprueba y confirma para dicho Monasterio algunas modificaciones hechas el texto de las Constituciones Generales de la Orden.

Una copia del texto de las Constituciones de la Orden, con las modificaciones aprobadas por el presente Decreto para el Monasterio de Alcázar de San Juan, se conserva en el archivo de este Dicasterio.

Las Monjas del Monasterio observen las Constituciones como medio eficaz para responder con renovada fidelidad a su vocación y misión eclesial.

Sin que obste cosa alguna en contrario.

Dado en Roma, el día 8 de septiembre de 1996, fiesta de la Natividad de la B. Virgen María.

Eduardo Card. Martínez Somalo
Prefecto

+ Francisco Javier Errázuriz Ossa
Secretario

Con ello manteniéndonos Monjas de la Orden de la Inmaculada Concepción (Concepcionistas) teníamos en las Constituciones Generales de la Orden el espíritu mariano fundacional y su forma de vida que asumía, claro está, la adecuada adaptación promovida por el Concilio Vaticano II. ¡Gloria a Dios, que por bien empleados daba los 27 años que había costado conseguirlo!

Bien podemos recordar ahora aquella visión que tuvo nuestra Madre Mercedes de Jesús, en la que el Señor le reveló la misión que llevaría a cabo dentro de nuestra querida Orden Concepcionista: desempolvar el carisma de nuestra Madre Fundadora santa Beatriz de Silva, enterrado durante cinco siglos por circunstancias históricas.

Así la explicó ella recordando los acontecimientos de su vida:

"1º Me vi niña.

Lo era ciertamente en la vida espiritual. Sólo tenía catorce años de vida monástica mal aprovechada.

2º Sentada cerca de un río un día de sol espléndido.

Aún disfrutaba mi alma el gozo sereno y pacífico del riego abundante de gracias espirituales que había tenido.

3º Entretenida y preocupada en matar unos bichitos que se escondieron en mi cuerpo.

Entiendo que son las tentaciones con las que el Señor me humillaba cuando me concedía alguna gracia.

4º Me sorprendieron las aguas.

Ya en el momento de verlas comprendí que eran las gracias que había recibido.

5º Me vi metida en un túnel.

Fue la oscuridad para mi alma que comenzó con la "vuelta a las fuentes".

6º Al principio había charquitos de agua.

Algunos consuelos que recibí en la oración después de las gracias recibidas, por el estado de alma que tenía, y que fue haciéndose árida a medida que pasaba el tiempo.

7º Subida en el vagón.

Puesta al frente de lo que comenzó el año 1969 con motivo de la renovación de las Órdenes: la "vuelta a las fuentes", ordenada por el Concilio Vaticano II que, sin pretenderlo, promovía esta Comunidad para nuestra Orden. Elección de Abadesa hecha por la Comunidad en la que fui elegida inesperadamente. La que cesaba fue enviada por la Federación para este cargo. Tenía cuarenta años de edad, plena salud, y era buena Monja. Además tenía la carrera de Magisterio. Yo tenía 34 años de edad, y sin estudios superiores. No tenía más que lo que Jesús, el Padre y el divino Espíritu habían infundido en mi alma. Era la penúltima de las Monjas capitulares y la más joven. La última era mi madre.

8º Viaje rápido y con ruido del vagón.

A mi parecer fue cuando, por medio de la revista federal que nos encargó hacer el Consejo de la Federación, la Orden conoció nuestro impulso de "vuelta a las fuentes", que se propagó rápidamente.

9º Sosiego al comprobar que el amor del Padre estaba en mi corazón.

Lo experimenté repetidas veces ante grandes sufrimientos pudiendo comprobar siempre que la Obra era de Dios.

10º Vías hundidas en el polvo por no haber pasado por ellas.

Entendí que se refería a nuestra Orden. Se había dejado lo fundado por nuestra Fundadora.

11º "Sí las hay, fíjate".

Camino que ya existía, de una espiritualidad evangélica muy elevada. Me sentí muy fortalecida para proseguir, con la afirmación que me hizo la voz. Me infundió fortaleza y alegría. Ascesis y espíritu de Santa Beatriz.

12º El vagón circulaba con velocidad normal.

Según interpretación de nuestro Delegado Episcopal (Don Antonio Lizcano Ajenjo), la marcha de nuestra renovación era buena.

13º Cruce con un tren que me infundió miedo.

Entendí que era la incomprensión y persecución permitida por Dios para el perfeccionamiento de nuestra renovación. En mi corazón no tengo más que amor para aquellos que motivaron estas incomprensiones, pues por los sufrimientos padecidos por esta causa, la vemos tan adelantada.

14º Rodaba el vagón sobre arena, sin vías.

Ahora entiendo cuanto ha sucedido hasta que nos concedieron redactar nuestra "nueva forma de vida" concepcionista fundamentada en la Bula "Inter Universa" concedida a nuestra Fundadora por Inocencio VIII al aprobarle su Orden.

15º Tragaba angustias.

Las grandísimas que he pasado (sólo Dios lo sabe) antes de ver marcado el camino.

16º Con suavidad y firmeza, nuevo camino.

Dios es testigo de cuán sostenida fui por él para escribir nuestros Estatutos. Después de escritos, aunque después se han perfeccionado, he reconocido en ellos el camino nuevo y precioso que vi marcado. Se renovaron en mi alma los sentimientos y el gozo de aquel día. Antes de escribirlos precedieron más de doce años de intensos sufrimientos, trabajos, vigilias, oración, penitencia, ¡intensos deseos!

17º Horizontes del nuevo camino.

Veo multitudes viviendo de este espíritu que ha de darse desde la Orden Concepcionista. Hoy veo cumplido esto después de haber aprobado la Santa Sede nuestras Constituciones en el año 1996 (…)"

¡Te Deum laudamus!

Esta visión se hizo realidad.